

nivel, tú y él, con varios otros jóvenes que naturalmente se les asociarán, podrán formar un partido bastante fuerte para obligar á toda administración á contar con ambos, y llegar de este modo á ser considerados por el público como hombres de importancia.

Llamo á las otras conexiones desiguales, esto es, cuando los talentos se hallan todos de un lado, y el rango y la fortuna del otro. Aquí la ventaja real está toda por una parte, pero es necesario ocultarla diestramente. La complacencia, los modales atractivos y un poco de paciencia para sufrir ciertos aires de superioridad, deben servirle de cimiento. El más débil debe tomarse por el corazón, visto que la cabeza no presenta ninguna agarradera, y debe ser gobernado haciéndole creer que él es quien gobierna. Estas gentes manejadas con destreza dan importancia á su guía. Días pasados te señalé dos hombres de esta especie sobre quienes tu habilidad debe desde luego ejercitarse, y encontrarás veinte más, porque abundan.

La otra persona que quiero recomendarte es Lady Hervey, mujer ya de cincuenta años, que te encargo vayas á ver á Dijón, y que, con gran contento mío, pasará todo el invierno en París, y esto por ti. Ha pasado toda su vida en las cortes, en donde ha aprendido la cortesía, las maneras y el desembarazo, sin pagar tributo á la frivolidad. Tiene toda la instrucción que debe adornar á una mujer, y más de la que necesita su sexo; conoce perfectamente el latín aunque tiene la cordura de ocultarlo. Como debe mirarte lo mismo que si fueses su hijo, te encargo que la consideres como mi delegada: consúltala, fiáte á ella, ábrele tu pecho sin reserva. Ninguna mujer ha poseído en más alto grado el tono de la buena compañía, las maneras atractivas y el no sé qué que agrada. Suplícala que te advierta y corrija todas las veces que incurrieres en faltas relativamente á las maneras y al modo de expresarte. Ninguna mujer de Europa puede hacerlo también como ella, ni ninguna lo haría con más gusto ni de una manera más afectuosa y oportuna. En semejante caso no te hará venir los colores á la cara corrigiéndote en la sociedad; sino que se valdrá de alguna seña para advertirte ó esperará á que te halles solo (a).

- (a) Reprende á tu pariente  
Y amigo  
De sus faltas, sin testigo  
Blandamente.  
Del que ves que no consiente  
Corrección,

Está muy ligada con las mejores compañías francesas, en las que no sólo te introducirá, sino que te subirá hasta las nubes; y puedo asegurarte que no es poco provecho en el mundo el verse así ensalzado por una mujer de alto tono. Te envío la adjunta es-  
quela que le entregarás únicamente como certificado de la identidad de tu persona, que de otro modo pienso no le sería fácil reconocer.

Te causaría tanta sorpresa recibir una carta mía sin que mencionase las prendas exteriores necesarias á un caballero, las maneras, la elocución, el aire, la compostura etc. que para no dejar burlada tu esperanza, tocaré este punto, diciéndote que cuando vengas á Inglaterra te mostraré ciertas personas que no quiero nombrar, elevadas á los puestos más importantes sólo por estos exteriores accesorios, y cuando su inteligencia jamás los habría hecho capaces de ocupar el empleo más mezquino en una aduana; juzga pues, si son ó no útiles tales requisitos. En París verás muchos ejemplos de esta especie, en particular uno muy patente de cierto sujeto elevado á los primeros puestos y dignidades de Francia, y reconocido como soberano absoluto del mundo elegante, sólo por su parloteo mujeril, por su aire garboso (a) y por su amabilísimo trato, cosas que también le hacen pasar por hombre de ingenio, aunque no tiene nada de particular á este respecto. No quiero nombrarlo porque sería gran imprudencia que tú fueses á hacerlo (b). Un joven desde sus primeros

No le muevas á ocasión  
De que se afrente.

(CASTILLA.)

- (a) Hay hombres de tal donaire  
Que tienen alma en el aire  
De cualquiera movimiento.

(LOPE DE VEGA.) Tr.

(b) Este sujeto era el Mariscal de Richelieu. Voltaire lo llamaba Alcibiades francés, y lo pinta de la siguiente manera en una carta en verso que escribió á Mr. Pallu desde la triste villa de Plombieres en 1729, hallándose en compañía del Mariscal.

De ces lieux où l'ennui foisonne  
J'ose encore écrire à Paris  
Malgré Phebus qui m'abandonne  
J'invoque l'Amour et les Ris :  
Alcibiade me l'ordonne :  
C'est l'Alcibiade français



pasos en el gran mundo, no debe ofender al rey *de facto*. Muchas ocasiones es más necesario ocultar el desprecio que el resentimiento; el primero jamás se perdona, el último se olvida á veces.

LONDRES, 1º de Noviembre de 1750.

MI QUERIDO AMIGO.

Desearía que mientras permaneces en Francia, empleases las horas que destinás á la lectura recreativa, en recorrer la historia

Dont vous admiriez le succès  
Chez nos prudes, chez nos coquettes,  
Plein d'esprit, d'audace et d'attraits,  
De vertus, de gloire, et de dettes,  
Toutes les femmes l'adoraient;  
Toutes avaient la préférence;  
Toutes à leur tour se plaignaient  
Des excès de son inconstance  
Qu'à grand'peine elles égalaien.

L'Amour, ou le Temps, l'a défait  
Du beau vice d'être infidèle:  
Il prétend d'un amant parfait  
Être devenu le modèle.

J'ignore quel objet charmant  
A produit ce grand changement,  
Et fait sa conquête nouvelle;  
Mais qui que vous soyez, la belle,  
Je vous en fais mon compliment.

On pourrait bien, à l'aventure,  
Choisir un autre greluchon,  
Plus Alcide pour la figure  
Et pour le cœur plus Céladon;  
Mais quelqu'un plus aimable, non;  
Il n'en est point dans la nature:  
Car, Madame, où trouvera-t-on  
D'un ami la discrétion,  
D'un vieux seigneur la politesse,  
Avec l'imagination  
Et les grâces de la jeunesse,  
Un tour de conversation  
Sans empressement, sans paresse,  
Et l'esprit monté sur le ton  
Qui plait à gens de toute espèce?

Tr.

de esa nación. Siempre se retira más provecho de la historia cuando se lee en el país á que ella se refiere, porque no sólo los libros, sino las personas, están siempre á la mano para resolver dudas y aclarar dificultades. No vayas á perder el tiempo en estudiar, como un pensativo anticuario, todos los detalles minuciosos é insignificantes de los tiempos remotos y fabulosos; deja que los tontos lean lo que los tontos han escrito. Un lector juicioso ahorra mucho tiempo y trabajo al leer la historia, contrayéndose únicamente á aquellos períodos interesantes que forman época, ó que presentan acontecimientos notables, y pasa ligeramente sobre los hechos ordinarios. Algunos leen la historia como otros las *Jornadas del Peregrino*, prestando á todo igual atención y cargando su memoria de hechos sin examen. Deseo que tú la leas de diferente modo. Tómala historia general más corta de cada país, y hazte cargo de los períodos más importantes, como las conquistas, los cambios de reyes y las alteraciones en la forma de gobierno; y recurre después á historias más extensas, ó á tratados particulares relativos á estos grandes puntos; considéralos bien, descubre sus causas y aprecia sus consecuencias.

La conversación en Francia, si tienes talento y destreza para hacerla recaer sobre objetos útiles, mejorará considerablemente tus conocimientos históricos. Aunque los franceses ignoren, en general, la literatura clásica, consideran vergonzoso ignorar la historia de su país, de modo que la leen, siendo casi su única lectura; se vanaglorian de conocerla, hablan de ella con gusto, y aun las mujeres mismas se hallan instruidas en este punto. No quiero decir por esto que hables siempre en la sociedad sobre libros, ciencias é historia; semejantes conversaciones en varios de los círculos que frecuentarás, serían inoportunas, tu buen sentido te hará distinguir el tiempo y la compañía; debes ser frívolo con los frívolos, circunspecto con los circunspectos, en una palabra, bailar al son que te toquen. *Cur in theatrum, Cato, severe venisti?* Esto fué justamente dicho de un anciano, ¿con cuánta mas razón no podría decirsele á uno de tu edad?

Desde el instante que te hallares vestido y salieres de tu casa, mete tu saber como tu reloj en un bolsillo, y no lo saques sin que te lo pidan; mostrar el segundo sin que se te pregunte la hora, haría creer que estás cansado de la compañía, y mostrar el otro, es cansarla de ti. La sociedad es una república muy celosa de sus libertades para sufrir un dictador ni por un cuarto de hora; y sin embargo, en ésta como en todas las repúblicas, hay algunos



que gobiernan realmente; pero en tal caso aparentan no aspirar al poder que usurpan, siendo esta la ocasión en que triunfan las maneras, la destreza, el talento y el indefinible *no sé qué*. Si se usan estas armas oportunamente, la conquista no sólo es segura, sino tanto más duradera cuanto que no se hace sentir. Acuérdate que este debe ser tu principal, por no decir tu único objeto, mientras estés en Francia.

Sé muy bien que muchos de tus compatriotas dan el nombre de petulancia y de mala educación á la vivacidad y á las maneras libres y desembarazadas de los franceses, pero si tú piensas así, te aconsejo que no lo digas y te tendrá mucha cuenta. Admito que tal pueda ser con ciertos petimetres aturdidos, y otros jóvenes no formados para el mundo; pero puedo asegurarte que el caso es muy diferente con personas de cierto rango y edad que deben servirte de modelo. Llamamos impudencia á su firme confianza; ¿por qué? únicamente porque lo que llamamos modestia no es más que una torpe y vergonzosa cortedad. Por mi parte lejos de ver impudencia, encuentro utilidad y ventaja en presentarse en todas las sociedades con la misma sangre fría y sin desconcierto. Hasta que uno no pueda presentarse de esta manera, estoy seguro de que no puede presentarse bien. Todo lo que se hace con temor y embarazo sale mal hecho, y sólo cuando un hombre llega á poseer un perfecto desembarazo, se le creará acostumbrado á frecuentar las mejores sociedades y será bien acogido en ellas. Una confianza firme acompañada de modestia aparente, es quizá la mayor recomendación que en todos los momentos de la vida pueda un hombre tener. ¿Qué fortuna y qué figura haría en el mundo aquel á quien la modestia y la timidez colocasen en la situación lamentable del piadoso Eneas, cuando *obstupuit steteruntque comæ et vox faucibus hæsit?*

La confianza y la intrepidez, bajo la bandera de la modestia, allanan el camino al mérito, que de otro modo se vería desanimado por las dificultades sembradas en su camino; á la vez que la impudencia descarada es la bandera de una indigna é insensata usurpación.

Te imaginarás que nunca he de dar fin con mis recomendaciones sobre las prendas exteriores, y tienes razón, porque nunca las abandonaré; son objetos muy preciosos para que yo los descuide ú olvide. La parte relumbrante de tu posición y de tu fortuna dependerá absolutamente de estas ventajas que realzarán las otras que ya has adquirido. Si se dice y cree que eres el hombre

más sabio de Inglaterra, no serás más ni menos que lo que se ha dicho y creído del Dr. Bentley (a); pero si se dice al mismo tiempo que eres el hombre más cortés, mejor educado y más agradable del reino, será prueba de que reunes todo aquel mérito personal que jamás he visto en ninguna persona. Deseo que tú seas un día este prodigio y por eso ves que no quito el dedo del renglón. La perfección, no lo ignoro, es inasequible; pero también sé que un hombre de talento que se esmera en alcanzarla se le acerca mucho. Ensayá, esfuérzate y persevera. Á Dios.

LONDRES, 8 de Noviembre de 1750.

MI QUERIDO AMIGO.

Antes que llegues á París, en donde muy pronto te verás á tu sola discreción (si tienes alguna), es necesario que tú y yo nos entendamos perfectamente, medio seguro de prevenir las disputas. El dinero, origen de tantos males en el mundo, es también causa de la mayor parte de las riñas entre padres é hijos. Los primeros comunmente piensan que dan lo suficiente, y los segundos que lo que reciben no es bastante; á unos y á otros falta razón. Debes hacerme la justicia de reconocer que hasta aquí no he sentido ni economizado gasto alguno que pudiera serte útil, ó procurarte un verdadero placer, y de paso puedo asegurarte que has hecho en tus viajes gastos más considerables que los que yo hice en los míos; pero nunca he pensado en esto mientras M. Harte se ha hallado á la cabeza de tus desembolsos, bien seguro de que las sumas empleadas se han aplicado escrupulosamente al uso destinado; pero el caso cambiará muy pronto, porque tú mismo serás tu recaudador y tesorero. Sin embargo, te prometo que no reñiremos sobre el *quantum*, que se te otorgará libremente y de buena voluntad; el punto está en saber el uso que haces del

(a) En un viaje, que este erudito inglés Bentley hizo á Francia, fué á visitar á la condesa de Ferrers, y encontrando una sociedad brillante y numerosa, le entró tal encogimiento que no sabía qué hacer. Cansado de una situación tan penosa se retiró, y un sujeto preguntó á la condesa quién era aquel hombre tan ridículo que había llamado la atención de todos. Es un hombre tan sabio, respondió aquella señora, que puede decir á Vd. en griego y aun en hebreo lo que es una silla, pero que no sabe hacer uso de ella. (Diccionario de Educación.) Tr.



dinero. Voy á extenderme sobre este asunto y á entrar en arreglo contigo. No designaré cantidad fija para tus gastos, aunque sepa yo muy bien cuál sería la más adecuada. Me guiaré únicamente por lo que librases contra mí, y esto bastará para ponerme en estado de juzgar de tu conducta. Te declaro en general, que si mi dinero pasa por buenos canales, el manantial brotará sin obstáculo; pero si se desvía y pierde en caños sucios y cenagosos (lo cual llegará á mi noticia en menos de una semana), te advierto francamente y con tiempo, que se secará al instante.

M. Harte te indicará en París los buenos canales, y te dejará establecido como conviene á un hombre de calidad, quedando á mi cuidado mantenerte bajo el mismo pie. Tendrás tu coche, tu ayuda de cámara, tu lacayo y un mozo de servicio, es decir, un criado más de los que yo tuve. Deseo que te vistas bien, esto es, como se vistiere la generalidad del mundo elegante, de modo que no brilles más ni menos que los demás. El gusto, y no lo sobresaliente de los vestidos, es lo que debe distinguir á un caballero. Debes frecuentar los teatros, á cuyo gasto acudiré de muy buena gana. También debes entretenerte en algunos juegos carteados en las tertulias donde concurras: este artículo monta á una bagatela que también daré de muy buena voluntad. Todos los demás gastos pequeños de bolsillo son poco costosos en París en comparación de Londres, porque la necia costumbre inglesa de dar dinero en las cenas y comidas, y la dispendiosa importunidad de las suscripciones, son abusos que no se conocen en Francia. Después de haber calculado todos los gastos forzosos de un caballero que pagaré con gusto, paso á tratar de los que no supliré ni sufriré. El primero es el juego fuerte, y aunque no tenga motivo para sospechar que seas inclinado á él, no creo por demás prevenirte de antemano que ninguna consideración en el mundo me obligará á pagar tus deudas sobre el particular. Si me alegas que tu honor se halla comprometido, te responderé que el mío no lo está, y que el acreedor puede tomar la prenda por la deuda.

Las compañías obscuras y los placeres degradantes cuestan más que los pasatiempos decentes; los desórdenes de los cafés son más dispendiosos y deshonorosos que los excesos en la buena sociedad, que en ciertos casos pueden quizá ser excusados. No quiero oír una sola palabra de cafés, enredos, riñas ni otros escándalos semejantes.

Vamos ahora á otro punto muy esencial y son las mujeres. No quiero pagar absolutamente nada para mozas de la vida airada,

ni para cirujanos, que es consecuencia natural. Tampoco quiero, por razón de ninguna especie, mantener cantarinas, bailarinas, actrices é *id genus omne*, que además del gasto, es necesario que te diga que tales conexiones me inspirarían, así como á todas las gentes sensatas, el mayor desprecio por tu gusto y tu discernimiento. Para hablarte con más claridad, no te perdonaré que conozcas por experiencia ciertas enfermedades, ni tu constitución te lo perdonaría, porque nueve entre diez veces refluyen sobre los pulmones. Esta razón debe tener algún peso á tus ojos; y te protesto que si tal cosa aconteciese, no te daría yo un año de vida. Hay otra especie de gasto que sólo por su necedad no permitiré, y es el desperdicio del dinero en chucherías y baratijas. Compra una bonita caja si tomas tabaco, ó un bello espadín, pero ninguna de aquellas otras cosas, muy lindas en verdad, pero muy inútiles.

Por lo expuesto ves que te concedo todo lo conveniente á un caballero, no sólo para que figures, sino también para que goces, bien entendido de que proscribo la profusión de un libertino. Debes confesar que esto no tiene resabios de la parsimonia ni severidad de la vejez. Considero este convenio entre nosotros como un tratado subsidiario por mi parte, en cambio de los servicios que debes prestar por la tuya, y te prometo que seré tan puntual en el pago de los subsidios como lo ha sido la Inglaterra durante la última guerra; pero al mismo tiempo te advierto que exijo de ti una observancia del tratado mucho más escrupulosa que la que hallamos en nuestros aliados, porque de otro modo suspenderé el pago. Espero que esta advertencia es de lo más superflua, y que otras consideraciones más nobles que la del dinero trazarán tu conducta; pero á todo evento yo estaba resuelto á ser explícito contigo por esta sola vez, para que, poniendo las cosas en lo peor, no alegues ignorancia, ni te quejes de que no te he explicado suficientemente mis intenciones.

Habiendo empleado la palabra libertino (*rake*), debo decirte dos ó tres palabras sobre este asunto, porque los jóvenes casi siempre equivocan este carácter con el de hombre de placer, aunque no hay dos en el mundo que sean más opuestos. El libertino es un compuesto de todo lo que hay de más vil, de más bajo y despreciable en los vicios que unidamente conspiran por deshonrarle y arruinarle; á la vez que el vino y las enfermedades se disputan quién destruirá más pronto su constitución. Un lacayo, ó un espertillero disoluto y vicioso, tiene, para hacer el papel de libertino, los mismos elementos que el hombre de primera calidad. Permi-



teme que te diga de paso, que en el período más desarreglado de mi juventud, nunca fuí libertino; al contrario, siempre desprecié y detesté tal carácter.

Recuerda que debo saber cuanto hagas ó digas en París, con una exactitud tal como si por una fuerza mágica te siguiese por todas partes á manera de silfo ó genio sin que tú me vieses.

Séneca dice con mucha gracia que ante todo no debería pedirse á Dios sino lo que se apetece que los otros sepan, y no pedir á los hombres más que lo que se desea que Dios conozca. Yo te aconsejo que no hagas ni digas nada en París, sino lo que desearías que yo supiese; espero y creo que así será. Me atrevo á decir que no careces de buen sentido, y estoy seguro de que la instrucción nunca te ha faltado: la experiencia vendrá á tu ayuda diariamente. Creo que todas estas ventajas deben hacerte amable y respetable, y esta es la perfección del carácter humano, en cuyo caso nada te negaré, y experimentarás realmente toda la extensión y ternura del cariño que te profesó, pero teme el reverso de ambas cosas. Á Dios.

---

MI QUERIDO AMIGO.

Te he enviado á París tantas cartas preparatorias, que ésta, que te hallará allí, será solamente un sumario de todas las precedentes.

La libertad que hasta hoy has tenido, es mayor de la que hayan podido disfrutar otros jóvenes de tu edad; y en justicia debo confesar que has hecho de ella mejor uso que muchísimos de ellos; pero aunque no has estado con grillos has tenido á tu lado á un amigo. En París no sólo estarás en libertad, sino sin amparo. Tu propio buen sentido debe ser tu guía: tengo en él gran confianza, y estoy persuadido de que los testimonios que sobre tu conducta reciba yo de París, serán tan ventajosos como deseo. Goza de los placeres decentes de la juventud, nada será más oportuno, pero no los prostituyas; refinalos y dignificalos como hombre de gusto: has que eleven y no que degraden, que adornen y no que envilezcan tu carácter; que sean en fin, los placeres de un caballero; disfrútalos entre tus iguales, las más veces con tus superiores, y principalmente con franceses.

Indaga el carácter de los diferentes miembros de la academia antes que formes conexiones con ellos, y redobla de vigilancia res-

pecto á los que te hicieren más agasajo. En la academia no puedes estudiar mucho, pero puedes hacerlo con utilidad, si eres buen ecónomo de tu tiempo y dedicas á la lectura aquellos cuartos de hora que todo el mundo tiene desocupados en el curso del día, y que á fin de año componen una suma considerable. Dedicar todos los días una parte de tiempo á los autores griegos, no á los poetas, á los cantos de Anacreón, á las tiernas endechas de Teócrito, ni tampoco al lenguaje grosero de los héroes de Homero, que todos los medio sabios conocen un poco, citan á menudo, y hablan casi siempre; sino á Platón, Aristóteles, Demóstenes y Tucídides que nadie conoce excepto los verdaderos adeptos. El griego es el idioma que debe distinguírte en el mundo literario, porque con el latín no lo conseguirías, y para no olvidarlo es necesario leerlo asiduamente, visto que no se presenta á la imaginación con la facilidad que el latín. Cuando leas la historia ó cualquiera otro libro de entretenimiento, haz de modo que todos los idiomas que sabes tengan su turno, y así, no sólo los recordarás sino que harás nuevos progresos. También deseo que procures hablar el alemán y el italiano con individuos de estas naciones, lo cual les será lisonjero al paso que útil para ti.

Te recomiendo que asistas á las representaciones teatrales de París que son muy buenas. Las tragedias de Corneille y de Racine, y las comedias de Molière, bien comprendidas, son lecciones admirables para el corazón y para el espíritu. No hay en la actualidad, ni ha habido jamás, un teatro comparable al *Teatro Francés*. Si la música de las óperas francesas no agrada á tu oído italiano, hay á lo menos sentido y armonía en las palabras, y esto es más de lo que puedo decir de ninguna ópera italiana de cuantas he leído ó oído.

Te envío incluso una carta de recomendación para el marqués de Matignón, que te pido pongas en sus manos tan pronto como te fuere posible. Estoy seguro de que probarás los buenos efectos de su ardiente amistad por mí y por Lord Bolingbroke, que también le escribe respecto de ti. Por ésta y mis precedentes cartas, te verás desde luego tan internado en las mejores sociedades francesas, que te costará trabajo encontrar las malas; pero esto es lo que no puedo sospechar de ti, porque estoy seguro de que tienes mucha ambición para preferir una compañía baja y degradante á la de tus superiores en carácter y edad. Tu reputación, y por consiguiente tu fortuna, dependen absolutamente de las sociedades que frecuentes y de tu manejo en París; no quiero decir un manejo



ó un tono grave; al contrario, te recomiendo que seas alegre, vivo y jovial, pero al mismo tiempo elegante y respirando en todo dignidad.

Procura evitar toda especie de enredos y querellas que son sumamente degradantes, y producen funestas consecuencias, particularmente en Francia; allí un hombre pierde su honor si no toma satisfacción de una afrenta, y si la toma se arruina completamente. Los jóvenes franceses son precipitados, aturcidos, petulantes y en extremo amantes de su patria. Abstente pues de toda broma ó reflexiones nacionales, que siempre son impropias, y en lo general injustas. Las naciones más frías del norte consideran á los franceses como un pueblo frívolo, que silba, canta y baila sin cesar, idea que está muy lejos de ser cierta (a), aunque haya muchos petimetres que la justifiquen; pero éstos, cuando han madurado con la edad y la experiencia, llegan á ser por lo regular hombres muy hábiles. El gran número de grandes capitanes y hombres de estado, como también de autores que la Francia ha producido, es una prueba innegable de que no es la nación frívola y vacía, que los preocupados pueblos del norte se han figurado. Aparenta gustar y aprobar todo á primera vista, y te prometo que gustarás y aprobarás en seguida muchas cosas.

Espero que me escribirás constantemente una vez á la semana, y deseo que sea los jueves, como también que tus cartas me informen de tus convenios y de lo concerniente á tu persona; no de lo que ves, sino á quiénes ves y lo que haces. Á Dios.

(a) Parece que el autor en sus verdes años consideraba á los franceses como él asegura en esta carta que eran considerados por las naciones más frías del continente europeo. En una de las pocas cartas suyas que se han conservado, escritas durante su minoridad, hallamos los siguientes renglones satíricos que desde París dirigió en 1714 á su profesor M. Jouneau:

Si vous voulez que je vous dise franchement mes sentiments de la France, il faut que vous me permettiez de vous considérer comme Anglais, et alors je vous dirai, que hormis Versailles, il n'y a rien ici que nous n'ayons de plus beau et de meilleur en Angleterre. Je ne vous dirai pas mes sentiments des Français, parce que je suis fort souvent pris pour un, et plus d'un Français m'a fait le plus grand compliment qu'ils croient pouvoir faire à personne, qui est: « Monsieur, vous êtes tout comme nous. » Je vous dirai seulement, que je suis insolent; que je parle beaucoup, bien haut, et d'un ton de maître; que je chante et que je danse en marchant; et enfin, que je fais une dépense furieuse en poudre, plumets, gants blancs, etc.

Tr.

LONDRES, 25 de Noviembre de 1750.

MI QUERIDO AMIGO.

Quizá serás de opinión que esta carta versa sobre objetos de poca monta, y tendrías razón si los considerases separadamente; pero si los contemplas reunidos desde un solo punto de vista, te convencerás de que en lo que se llama *hombre cabal* entran mil detalles pequeños que vienen á formar un todo de la mayor importancia. No hablaré ahora de aquellas gracias personales, de aquel aire libre y de aquellas maneras atractivas que tantas veces te he recomendado; sino que descenderé aún más bajo, acupándome de tu vestido y del aseo de tu persona.

Cuando te vieres en París, tendrás cuidado de hallarte perfectamente bien puesto, es decir, como lo estuvieren las personas distinguidas que forman el mundo elegante; esto no consiste en el atavío de la ropa, sino en su hechura, en su delicadeza y en la manera de llevarla. Un hermoso vestido mal hecho, mal puesto y sin aliño, en vez de adornar sólo pone de manifiesto la poca elegancia del que lo lleva. Debes solicitar al mejor sastre francés, á fin de que tus vestidos sean de gusto y te vengan bien, en cuyo caso puedes abotonarlos ó dejarlos sueltos según vieres que lo hacen las personas que dan el tono. Haz que tu criado indague cuál es el mejor peluquero para que te arregle bien el pelo, porque esta es una parte muy importante de la compostura. Ten cuidado de que tus medias estén bien tirantes y tus zapatos con las hebillas debidamente enganchadas, porque nada comunica un aire más ingrato que este descuido de la pierna. Debes ser prolijamente aseado en tu persona; es menester que la limpieza de tus dientes, manos y uñas, sea extremada. Una boca sucia produce funestas consecuencias, porque es causa infalible de la pérdida de la dentadura y de los intolerables dolores que se padecen; además ofende á todo el que se nos acerca, porque inevitablemente despiden mal olor; de aquí viene que te haya yo recomendado sin cesar que la primera cosa que hagas todas las mañanas, sea limpiarte los dientes con agua tibia y un cepillo, por espacio de cuatro ó cinco minutos, y enjuagarte después la boca cinco ó seis veces. *Mouton* á quien deseo llames luego que llegues á París, te dará una opiata y un licor de que te servirás algunas veces. No hay cosa más ordinaria, más vulgar ni más repugnante, que unas manos sucias y ásperas: no creo que tengas la